



† Juan B. Ambrosetti

¡El también se ha ido! Al dirigirse ayer a la facultad alumnos y profesores, todo podrían imaginar, excepto que hallarían en la puerta el aviso de su muerte. Nadie sabía que estuviese enfermo. Fué un golpe para todos, y bien doloroso.

Se le veía un momento cada día, a la misma hora, pasar tranquilo y sonriente, y desaparecer enseguida para sepultarse allá abajo, en su museo, entre momias y antigüedades indias. Aquella era su obra, el fruto de su paciencia y su constancia, de su incansable operosidad, dirigida unicamente a su objeto: el de dar a Buenos Aires la mas rica y preciosa colección de antigüedades americanas, y lo consiguió. Gran parte de aquellas rarezas fueron por él mismo de senterradas. Sus profundos conocimientos, y no sé qué instinto le indicaban a donde habían que dirigir las investigaciones, y nunca se engañó. Casi todos los años al empezar las vacaciones, emprendía una expedición y regresaba con cajones y más cajones. Su colección de armas, un verdadero tesoro, es un homenaje del Señor Devoto a la amistad que le profesaba; los objetos del culto de Buda e Israelita, un regalo de su anciano padre; porque su salud, sus conocimientos, su riqueza y los sentimientos que inspiraba todo, él lo hacía servir a su gran intento.

Doquier se hallase, pensaba en su museo. De Berlín trajo las hermosas reproducciones de las antigüedades Asirias y Egipcias que adornan las paredes de los corredores; de Egipto, estatuas y momias. ¡Y siempre callado y sonriente!

Verdad es que en los decanos que se sucedieron, los doctores Piñero, Matienzo y Rivarola, encontró todo el favor que podía desear y que el Consejo para ayudarlo no reparó en gastos. Sea como quiera, el museo existe, y del tesoro que posee la ciudad pudo ya darse cuenta en las varias exposiciones. Aquel es su gran monumento, la visible prueba de su competencia.

Con el título de doctor que le concedió la facultad *honoris causa* honró más a sí misma que al beneficiado, mostrando que sabía reconocer el mérito aun bajo tanta modestia. Porque al fin el doctor Ambrosetti era hombre de ciencia, una autoridad de primer orden

de arqueología; y de esto me pueden ser estigos cuantos lo conocían, no tanto por sus publicaciones, apreciadas por lo demás en todos los países cultos por lo competentes, sino en la efusión de la intimidad.

Pocos conocían tan detalladamente la religión, las costumbres y las historias de los imperios orientales, y estaban, como él, al tanto de cada descubrimiento.

No faltaba en su biblioteca ninguna de las grandes publicaciones sobre las excavaciones de Creta o de Nínive o Babilonia; ninguna de las obras más celebradas de antigüedades. Nació coleccionista, como otro músico o poeta; y estoy seguro que en todo el mundo no se encontraría un museo del carácter del que reunió en su casa. Un museo de deshechos, de objetos que se tiran, y que sin embargo adquieren reunidos, ordenados y clasificados una regular importancia; y ayudan más que mil descripciones, a reconstruir la vida privada y pública de la época colonial. El veía donde los demás no ven nada. Hay entre otras mil cosas curiosas un manuscrito francés en la más clara letra que se pueda desear, y tan indescifrable como una inscripción etrusca.

Debió de haber viajado toda la América Meridional a pié. ¡Hombre singular! Tan reservado parecía, y era lleno de entusiasmo para todas las ideas generosas. Era argentino y tal quería ser. Más nadie más que él se preciaba de su origen italiano. Nunca dudó de la victoria de la buena causa.

¡Cuántas veces iba yo a buscarlo para encender mi fé incitante a la suya! Y por otros motivos iba a buscarlo también; cuando se me acercaba algún infeliz, con todas sus esperanzas concentradas en algún pedazo de pergamino o papel amarillo. Nunca me rechazó y dejaba que del beneficio recibiera yo las gracias. Ni yo sabía de qué se tratara, ni él leía los pretendidos documentos; le bastaba se tratara de una buena acción.

Pueda aligerar el dolor de su anciano padre al ver que tantos y tan profundamente participan en él.

La primera cosa que hice en la Argentina, fué traducir un estudio de geografía que escribió para la obra «*Los Italianos en la Argentina*».

Era una descripción de la Argentina más, con acá y allá, impresiones de quien ha viajado y visto con sus ojos y no con los ajenos.

Debía ir con él y su discípulo Debenedetti, a quien dejó su espíritu, a Salta una vez; más me quitó la gana la descripción de lo que había que hacer. ¡Por cierto que no se iba a divertirse!

El doctor J. B. Ambrosetti fué un ejemplo raro de lo que puede la fé. El creyó firmemente en una arqueología argentina, y creyó y la creó; y nadie duda ya de su existencia.

Lo que es el ojo del verdadero hombre experto, él me lo hizo comprender. Quién no visitó el museo en su compañía no ha visto nada. Su palabra era el *fiat lux*. De repente veía uno surgir un mundo donde habría jurado que no existía nada. Es lo que me aconteció con las reproducciones Asirias. Donde yo no veía sino un enredo de razas y una superficie áspera, él me hizo aparecer todo un drama, que hoy me admira que otros no distinguan.

De sus minuciosas publicaciones tengo algunas que tuvo a bien enviarme; y leyéndola me persuado que el estilo es el hombre.

Su calma de quien siente el valor de las palabras, y las pesa antes de pronunciarlas; esas mismas pausas con que hablando parecía subrayar lo que decía. Se casó con la hija de un ilustre sabio, a quien unicamente debe Buenos Aires el jardín zoológico. Y es de esperar, que el heredero del nombre reúna las cualidades del padre y el abuelo, descendientes de dos pueblos que la naturaleza hizo para completarse y no para desgarrarse.

Es un dolor indecible para todos, la desaparición de un hombre tan modesto, tranquilo y de mérito tan grande.

No sirve decir, que no hay remedio, porqué contestaré con Solón «*quo por eso mismo lloramos, porque no hay remedio*». Sin embargo si hay o hubo jamás tiempo en que la muerte es casi más apetecible que la vida, es éste; en que parece que todas las virtudes que han acompañado en su largo viaje al género humano, abandonen la tierra.

Por lo menos él no vió su joven y gloriosa patria arrastrada en el incendio.

FRANCISCO CAPELLO